

gua, como sistema abstracto. En otras palabras, los hispanohablantes nativos, estrictamente, no podemos hablar *incorrectamente*, como tampoco podrán hacerlo los anglohablantes nativos. Tal vez convenga mejor usar el término *ejemplar* (o no *ejemplar*), que se aplica no ya al sistema abstracto de la lengua sino a las lenguas concretas llamadas históricas. Así, lo que resulta *ejemplar* para ciertos hablantes puede no serlo para otros. Lo *ejemplar* en el dialecto europeo del español (como decir “la escribo una carta” por “le escribo una carta”) puede no serlo en el americano y viceversa: cuando un mexicano dice “abre hasta las 11” por “no abre hasta las 11”, está empleando una expresión poco *ejemplar* para los oídos de un hispanohablante europeo.

Si dos hispanohablantes iletrados están conversando, a ninguno de los dos le llamará la atención que uno diga *haiga* en lugar de *haya*. Quizá ni lo note siquiera. Sin embargo los hablantes educados, que saben leer y escribir y, además, que suelen leer y escribir, han decidido desde hace siglos decir y escribir *haya* y no *haiga*. En efecto, se trata de una convención... ni más ni menos. Por tanto, para la norma estándar del español, lo *ejemplar* es decir *haya*. No fue ésta una decisión de los maestros de escuela o de los académicos de la lengua, o del gobierno, sino del conjunto de los hispanohablantes educados, los buenos escritores al frente, como debe ser. Por tanto, si alguien desea dirigir la palabra a ese tipo de personas, medianamente educadas, conviene que diga *haya* y no *haiga*. Eso debe enseñar la escuela. Por respeto a la sociedad es ésta la forma que debe emplearse, por ejemplo, en la radio o en la televisión.

Por otra parte, la forma *haiga* es claramente “estigmatizadora”: quien la

emplea queda señalado como perteneciente al grupo social de las personas no educadas, aunque por otras razones (haber ido a la universidad, sea por caso) no forme, en términos estrictos, parte de él. Creo que a las personas educadas, es decir a la inmensa mayoría de la población, no les gustaría ser gobernadas por una persona no educada, así sea sólo en el



plano lingüístico. Conviene, por tanto, que los políticos cobren conciencia de que hablar como personas educadas puede acarrearles el nada despreciable beneficio de ser mejor recibidos, mejor escuchados por la (muy influyente) sociedad de las personas educadas. Por el contrario, no faltará el ciudadano que decida llegar al extremo de no votar por quien dijo en público *haiga* en lugar de *haya*. Sus (respetables) razones tendrá. ~

Bibliotecas privadas

Margo Glantz

1. Bibliófilos y bibliómanos

¿Dónde viene la manía o la vocación del coleccionista? Walter Benjamin, obsesivo coleccionista de libros y de juguetes, empieza a juntarlos desde la infancia, fascinado por las aventuras de sus héroes y para escapar del aburrimiento que las clases de su maestro de primaria le producen. “Una época dorada, cuando todavía no hay separación entre el mundo que evoca un libro y el libro mismo. Uno vive el libro, habita en sus páginas, se trepa entre los renglones y, saltando de un título a otro, se integra a las ilustraciones”, explica Silvia Pappel, en su texto dedicado a Benjamin.

Y Borges, también gran coleccionista y varias veces bibliotecario de bibliotecas públicas, insinuaba en “La biblioteca de Babel” que la alegoría del mundo sería ni más ni menos que una biblioteca: “El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de

GalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenberg
GutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenberg
GalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenberg
GutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenberg
GalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenberg
GutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenberg

se han ido coleccionando y adornan los libreros, las mesas de trabajo o las mesas de luz; suelen verse también colecciones de pintura o de escultura, sobre todo si el dueño es un artista, por ejemplo Pedro Friedeberg, cuyos libros y cuyos cuadros alcanzan la misma jerarquía. Y en casa de los músicos, las bibliotecas exhiben partituras, instrumentos musicales, atriles o pianos de cola con la tapa abierta. El piso de casi todas las bibliotecas ostenta hermosos tapetes orientales, otra de las predilecciones de los coleccionistas, alfombras que, de inmediato, provocan una atmósfera de intimidad, acentuada por los retratos familiares o los trajes de un antepasado vestido de charro o a la usanza de la primera mitad del siglo xix.

Las bibliotecas de Carlos Fuentes, Leonor Ortiz Monasterio, Javier Garcíadiego y Jacobo Zabłudovsky dividen netamente la zona de trabajo de la zona de recreo. La zona de recreo sería ese espacio similar al de las bibliotecas inglesas donde la familia se reunía para tomar un aperitivo antes de cenar o donde las señoras hacían punto de cruz o tejían y los niños, tirados sobre la alfombra, armaban un rompecabezas. La zona de trabajo es austera, los muebles no se eligen por su hermosura sino por su funcionalidad. Zabłudovsky declara: “Así empecé esta biblioteca, ahora dividida; la mayor parte quedó en casa y unos seis mil libros, los de frecuente consulta, se encuentran en mi oficina. Para esta mudanza parcial escogí uno por uno los volúmenes, los empaqueté en cajas de cartón de acuerdo con sus temas, y también uno a uno los fui sacando para colocarlos en sus nuevos libreros. Yo organizo mi desorden y sé dónde localizar mis libros”. En su estudio, Fuentes está rodeado de libros, pero su colocación hace de ese ambiente una réplica de una bi-

blioteca norteamericana, con hileras de libreros de madera que enmarcan su escritorio, también repleto de libros, y una antigua máquina de escribir roja, detalle que me impacta.

Javier Garcíadiego confiesa que su biblioteca, no heredada, está siempre en un doble proceso de construcción, “el arquitectónico y el propiamente bibliográfico”. En una sala inmensa



con piso de madera, los libreros de aluminio muestran los libros desordenados, a punto de ser catalogados o consultados; hay algunos más en el suelo y otros todavía en cajas; una escalera de metal, como las que se usan en la jardinería, permite alcanzar los libros que están a mayor altura.

En la casa de Leonor, como ella misma dice, el arquitecto, Andrés Casillas, “tuvo que considerar a los libros como habitantes permanentes, y ávidos de multiplicarse”. Su proyecto contempló libreros en el comedor, en la sala, en el estudio, en la oficina, y la posibilidad de añadir, en el futuro, otros en las recámaras. En otras palabras, “no existe propiamente una biblioteca, sino espacios rodeados de libros”.

La de Carlos Monsiváis es excepcional. Sin saber de quién era, de inmediato lo descubrí: el desorden reina en las mesas; los libros alternan con juguetes populares, periódicos, revistas; las huellas de los gatos dejan su marca; los retratos de escritores, cuidadosamente alineados, definen sus preferencias. Algunos libros están encuadernados; las ediciones originales, muchas del siglo xix, una de sus obsesiones. Otros se amontonan entreabiertos, cerca de lápices y plumas copados por un espacio repleto que no deja lugar para el trabajo. ¿Cómo trabaja Monsiváis, me pregunto azorada al ver ese desorden asiático de la realidad, perfectamente ordenado en una de las cabeza más ordenadas de México?

Supongo que aquí hay entre veinte y treinta mil volúmenes. Diario le dedico un tiempo a arreglarla, pero es un desastre, porque me topo con un libro que me interesa y me pongo a leerlo. Por lo general prefiero los libros en ediciones recientes que estén actualizadas, porque las primeras ediciones son complicadas de leer. En épocas recientes me he vuel-

to bibliófilo, antes eras bibliómano. Entre las joyas de mi biblioteca hay libros que datan de principios del siglo XIX, y la primera edición de las obras de San Juan de la Cruz.

Paso alrededor de seis horas en mi biblioteca, una arreglando y cinco leyendo.

Yo diferenciaría entre las bibliotecas en donde los libros son más bien objetos de adorno, en exacta proporción con los muebles y otros bienes de colección, y las que, aunque aparentemente desordenadas, son verdaderos sitios de trabajo. Es evidente que no existe una regla y que muchas bibliotecas perfectamente ordenadas —vuelvo a referirme a la de José Luis Martínez— son y fueron sitios intensos de trabajo. José Luis era muy meticuloso, Monsiváis lo es menos en la apariencia externa de su biblioteca, pero no obstante el aparente desorden de ésta, se encuentra perfectamente jerarquizada en la mente de su hacedor. Las bibliotecas de José Emilio Pacheco —no fotografiada— y Monsiváis son muy diferentes, pero se asemejan en la medida en que su desorden aparente refleja sólo la capacidad increíble que ambos tienen de ordenar, clasificar y memorizar lo que se encuentra en sus libros. Capacidad que obviamente también tenía, y en grado de excelencia, el autor de la Biblioteca de Babel.

Podría extenderme mucho más. Pero me limito, antes de concluir, a citar de nuevo un párrafo del libro de Silvia Pappe sobre Benjamin, el intelectual extraordinario y trágico personaje que perdió no solamente sus libros y sus trabajos —algunos, luego afortunadamente recobrados— sino también la vida por ser un intelectual extraordinario, y además judío:

Iniciar una biblioteca propia, iniciarla conscientemente. No dejar

que por casualidad se junten libros obsequiados, comprados por gusto o interés momentáneos o por obligación escolar. Poner el primer libro angular a la futura biblioteca es una empresa audaz y compleja. Incluso un lector con pocas limitaciones no aplica los mismos criterios en la selección de libros de lectura y libros para



la biblioteca; sobre todo al principio, no entran sino los libros realmente leídos, los aprobados como valiosos en cuanto a la aportación definitiva de su contenido. Libros que Benjamin no termina de leer, sea porque todavía no tiene los conocimientos suficientes, sea porque quedan fuera del campo que trabaja con insistencia e intensidad, sea sencillamente porque no le gustan: libro dejado a medias es libro dejado fuera de su biblioteca. Un coleccionista nato como Benjamin, tan delicado y severo para la selección de las piezas, pronto se da cuenta de que con esta forma de procedimiento la biblioteca crecerá lenta, pero muy lentamente. Así que empieza a ceder ante los deseos de los mismos libros, les da permiso de ingresar, los deja allí, años a veces, sin abrirlos, hasta que llegue el momento del encuentro directo, del enfrentamiento de la lectura. Libros cuyo valor, riqueza y potencial presente y que ya no tiene que aclarar o justificar ante su conciencia selectiva, porque sabe que algún día le serán más que útiles. Ahora no sólo guarda los libros, sino que empieza activamente a buscarlos. Las librerías de viejo, colecciones, subastas, catálogos, todos son fuentes de hallazgos posibles de ediciones especiales, autores, ilustradores, impresiones, papeles inusitados. Va y busca, ofrece, gana a veces, pierde a menudo, porque los libros ofrecidos son una cosa y la economía del coleccionista otra. Pero insiste, adquiere, nutre esa biblioteca que desde hace mucho ha dejado de serlo en el sentido estricto, científico, para dar el salto decisivo a la colección. ~